

CARTILLAS DE
DIVULGACION ECUATORIANA
Nº. 46

ATAHUALPA
Según Pedro Cieza de León

LUIS ANDRADE REIMERS



EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — QUITO — 1985

PRECIO S/. 2.—

SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

LUIS ANDRADE REIMERS

ATAHUALPA
Según Pedro Cieza de León



EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — QUITO — 1985

Por invitación de la ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA en Abril de 1984 estuvo en Quito la Doctora Francesca Cantí, profesora de Historia de la Universidad de Roma. Su visita resultaba de gran interés, por cuanto ella era quien había descubierto en la Biblioteca del Vaticano una copia aparentemente completa de la Tercera Parte de la CRONICA DEL PERU, compuesta a mediados del Siglo XVI por Pedro Cieza de León. Como por un lado las conferencias pronunciadas por esta erudita profesora colocaron en primer plano la figura de aquel viejo cronista de Indias y como; por otro, de acuerdo al propio Cieza de León en el Proemio de su obra; esa Tercera Parte descubierta trataba "del descubrimiento y conquista del Reino del Perú"; parece ser tema de actualidad el examinar en detalle el concepto que este célebre cronista español tuvo sobre la personalidad del Inca quiteño; Atahualpa.

PEDRO CIEZA DE LEON, EL "PRINCIPE DE LOS CRONISTAS"

En efecto, este ha sido el honoroso título, que los estudiosos de la historia sobre la conquista española del Nuevo Mundo han venido dando a este modesto soldado e infatigable escritor de mediados del Siglo XVI. Tal título proviene en primer lugar de la magnitud de su obra. La Primera Parte de la misma (unas 130.000 palabras) contiene la descripción superficial del territorio del Tahuantinsuyo y las costumbres de sus habitantes, tal como él las pudo observar. La Segunda Parte se refiere al origen y descendencia de los reyes incas desde sus orígenes hasta los días de Huáscar y Atahualpa, de acuerdo a las averiguaciones que efectuó entre los indígenas. La Tercera Parte, como acabamos de indicar, está consagrada a la historia del descubrimiento y conquista del Imperio de los incas efectuada por los españoles. Finalmente la Cuarta Parte versa sobre las guerras civiles entre los propios conquistadores

españoles, a raíz de la ocupación del territorio del Tahuantinsuyo. Este conjunto de escritores llena hoy día varios volúmenes y su extensión está muy por encima de lo que cualquier otro cronista de Indias del Siglo XVI pudo escribir.

Su superioridad proviene, además, de la calidad del estilo, el cual por medio de la diaphanidad y sencillez se pone a la altura del Siglo de Oro de la lengua castellana. Esto tiene especial aplicación en la Primera Parte de su obra, la cual probablemente fue debidamente corregida y pulida. Por último, los mismos datos biográficos del autor han hecho sus libros especialmente gratos a los lectores de todos los tiempos. Nacido en Sevilla en 1518, según él mismo nos lo cuenta en el Proemio de la obra, pasó al Nuevo Mundo "casi no había enteros trece años". Aunque indudablemente debió haber sido dotado de dotes precoces de inteligencia, lo intrigante en él es saber dónde y cuándo aprendió no solo a leer y escribir con tanta corrección sino, además, dónde adquirió los conocimientos de Historia y la técnica para investigar, tanto más cuanto él nos confiesa que de los diecisiete años pasados en las Indias muchos de esos los gastó "en conquistas y descubrimientos". Llegado a los 29 años de edad (1547), militó bajo las órdenes de Sebastián de Benalcázar, cuando este capitán español acudió desde Colombia a respaldar la soberanía de la Corona, amenazada por la rebelión de Gonzalo Pizarro. Entonces tuvo ocasión de poner sus pies en los linderos septentrionales del territorio, que hasta hacía diecisiete años había sido Imperio de los incas. Ahí desde el principio se sintió embelesado por las maravillas de patente propia realizadas por sus habitantes y resolvió recorrer el "camino real del Inca" desde Huaca al Norte de Quito hasta el propio Cuzco, preguntando en cada sitio a los aborígenes de la región todo cuanto necesitaba saber y tomando anotaciones en torno al nombre indígena del lugar. Viajando de soldado con el ejército de Benalcázar, según nos cuenta, "cuando los otros soldados descansaban, cansaba yo escribiendo". Solamente cuando llegó al Cuzco y se terminó la campaña, pudo hacer un alto prolongado en su camino y aclarar todos los puntos oscuros de sus apuntes, consultando a los indígenas y españoles de la vecindad. Con toda esta documentación en 1550 volvió finalmente a España y se entregó a la redacción definitiva de su obra. Sin embargo, quizás por el

exceso de trabajo y la constante fatiga que le imponían sus investigaciones, para entonces su salud se hallaba profundamente quebrantada, a pesar de que solo contaba 32 años de edad. Su mal (probablemente la tuberculosis) resultó incurable. Murió en 1560 por rescatar de las sombras del analfabetismo la historia y cultura del Tahuantinsuyo. Ese prematuro fallecimiento ha convertido a Cieza de León en el paradigma más puro del historiador idealista y desinteresado.

A pesar de sus constantes achaques Cieza de León se dedicó en Sevilla a la redacción definitiva de su obra. La Primera Parte fue cuidadosamente corregida, aprobada para su publicación y editada en 1553. La acogida que el público español brindó a este primer libro fue entusiasta y estimulante. En los seis años subsiguientes se hicieron seis nuevas ediciones. La Segunda Parte apareció en 1554. Por la naturaleza misma del tema (el origen y descendencia de los reyes incas hasta Huáscar y Atahualpa) la investigación debía tener lugar entre los indígenas, los cuales por el idioma y los obstáculos temperamentales complicaban terriblemente el trabajo. El propio autor concluye esta Segunda Parte, diciendo: "Hasta aquí es lo que se me ha ofrecido escribir de los Incas, lo cual hice todo por relación que tomé en el Cuzco. Si acertare alguno a lo hacer más largo y cierto, el camino tiene abierto, como yo no lo tuve para hacer lo que pude, aunque para lo hecho trabajé lo que Dios sabe". A continuación Cieza atendió a la redacción definitiva de la Cuarta Parte sobre las guerras civiles entre los españoles del Perú, pues en ella trataba de la magnífica labor de La Gasca, alto funcionario de la Corona española, el cual le había dado un apoyo irrestricto a la composición de su obra y la publicación de lo que hasta entonces había salido a la luz. En medio de estas ocupaciones le sorprendió la muerte. En cuanto a la Tercera Parte, por ser este el fruto de una primera redacción, el manuscrito estaba lleno de espacios en blanco, ambigüedades en la expresión y hasta párrafos mal contruídos y completamente ininteligibles.

Dado el gran prestigio que Cieza de León había adquirido con la publicación de la Primera Parte de sus Crónicas del Perú, a su muerte manos ambiciosas habían hurtado sus manuscritos inéditos, creyendo haber ganado con ello fama y fortuna. En el "Registro de Peticiones" del Archivo de Indias (Febrero de 1578) se encuentra la

siguiente anotación: "Rodrigo Cieza dice que V. Alteza mandó que los libros, que su hermano Pedro Cieza escribió de las cosas del Perú, se trajesen al Consejo y, aunque se ha notificado a Juan de Velasco, en cuyo poder están, que los entregase al Secretario para el dicho efecto y ha respondido muchas veces que los tiene y los entregará, lo cual no ha hecho ni lo quiere hacer por sus fines particulares, suplica se mande un alguacil, que le ponga en la cárcel hasta tanto que entregue los dichos libros y se traigan a este Real Consejo, como está mandado".

El hecho fue que hasta mediados del Siglo XIX aun el erudito historiador norteamericano, William H. Prescott, escribía: "Esta Primera Parte de la Crónica es la única que se completó, pues el autor, habiendo vuelto a España, murió en este país en 1560 a la prematura edad de 42 años" (Prescott Historia... Tomo II, Libro V, Cap. 4 — Nota). De hecho los diversos capítulos de la Cuarta Parte fueron apareciendo entre 1877 y 1881 en la Colección de Documentos Inéditos para la historia de España y el Tomo XV de la Nueva Biblioteca (1909).

Por todas estas circunstancias hasta el Siglo XX seguía perdida la Tercera Parte de la Crónica de Pedro Cieza de León. Solo después de cuatro décadas el infatigable investigador peruano, Don Rafael Loredó, anunció su hallazgo y comenzó a publicar el texto en la revista *El Mercurio Peruano* desde 1946. Dicha publicación fue hecha por fragmentos y con grandes intervalos, de tal forma que en 1958 los últimos capítulos entregados al público iban del 49 al 54. Pero en la década de 1980 la Doctora italiana, Francesca Cantú, descubrió, como hemos indicado al comienzo, una copia íntegra y ha anunciado su próxima publicación en Lima. Por el momento nuestra crítica sobre esta parte de la obra histórica de Pedro Cieza de León se referirá únicamente a los 54 capítulos aparecidos en el *Mercurio Peruano*.

El historiador es una especie de testigo de los actos humanos del pasado. Para que sus afirmaciones merezcan nuestra fe, nos debe constar en primer lugar que el historiador o declarante no tuvo interés alguno consciente de tergiversar lo sucedido. Luego nos debe constar que él tuvo ocasión de conocer la objetividad de los hechos tal como sucedieron. Apliquemos estas normas a Pedro Cieza de León, para saber a qué atenernos con respecto a esta Tercera Parte de su obra.

PEDRO CIEZA DE LEÓN EN CALIDAD DE TESTIGO

Es mérito insigne de Pedro Cieza de León el haber hecho caer en cuenta a los españoles y europeos de su tiempo de la magnificencia que había alcanzado a comienzos del Siglo XVI el Imperio de los Incas. Sobre este punto nuestro joven relator fue testigo directo e imparcial. A tal punto ha subido en el Siglo XX el prestigio de sus observaciones, que hoy día los arqueólogos norteamericanos y europeos usan la Primera Parte de su Crónica como manual para determinar los puntos de sus excavaciones. Tampoco vamos a referirnos aquí a la Segunda y Cuarta Parte de su obra, pues para nuestro tema solo la Segunda Parte será brevemente examinada. Nuestro estudio versará principalmente sobre la Tercera Parte, o sea, el descubrimiento y conquista del Imperio de los incas en cuanto se refiere al Inca quiteño, Atahualpa.

A — Sinceridad de Pedro Cieza de León

Los antecedentes biográficos del autor bastaría para presumir su completa imparcialidad. En el Proemio de su obra explica su estado de ánimo en estos términos: "Y si no va escrita esta historia con la suavidad que da a las letras la ciencia ni con el ornato que requería, va a lo menos llena de verdades y a cada uno se da lo que es suyo con brevedad y con moderación se reprenden las cosas mal hechas".

No obstante Cieza de León fue acusado de soborno al componer su historia por un compatriota y contemporáneo suyo, Pedro Pizarro. Su acusación decía así (Pedro Pizarro, Documentos inéditos, Tomo V): "Porque he entendido hay otros cronistas que tratan de ellas (de las batallas), aprovechándose de las personas, que en ellas se han habido, de dos cosas: de informarse cómo pasaron y de pedir intereses porque les pongan en la Crónica, cohechándolos con doscientos y trescientos ducados, porque les pusieron muy adelante en lo que escribían. Esto dicen hacía Cieza en una crónica que ha querido hacer de oídas y creo yo que muy poco de vista, porque en verdad yo no le conozco con ser uno de los primeros que en este reino entraron". En el Capítu-

lo 51 de esta Tercera Parte Pedro Cieza de León nos dice que vino a sus manos "el proceso que se hizo en Cajamarca de estas cosas". A continuación nos da la lista de los soldados de caballería e infantería, que estuvieron al comienzo presentes en ese pueblo. De acuerdo a esa lista son 160 los españoles que tomaron parte en los incidentes de la plaza. A los 17 años de distancia muchos españoles llegados más tarde pretendían contarse entre esos primeros para conseguir gloria y privilegios. Al saber que la crónica de Cieza se iba a publicar en España, no pocos de ellos debieron acudir a él para figurar en la misma. Teniendo a la mano la lista original de Pedro Sancho, la verificación resultaba sencilla. A pesar de que dice Pedro Pizarro que no conoció a Cieza, no hay constancia de ello. En todo caso por no constar ni en el catastro completo de Sancho y por otras razones de peso, es prácticamente cierto que Pedro Pizarro fue un testigo presencial falso. Pero también es verdad que por errores de original o de transcripción la lista que nos da Cieza es incompleta. El catastro de Pedro Sancho tal como lo conocemos hoy día tiene 167 nombres. Pero en todo caso entre esos siete nombres faltantes no está el de Pedro Pizarro. Por último es verdad también que a veces Cieza enumera nombres de soldados que no ponen ni quitan a la narración, algunos de los cuales no están en su lista de primeros españoles en Cajamarca, aunque obviamente pudieron haber muerto en el camino. Así, por ejemplo, cuando nos cuenta en el Capítulo 30 la salida de Panamá, de los "ciento ochenta y tantos españoles" embarcados enumera, además de Pizarro y sus hermanos, diecisiete nombres de soldados, ninguno de los cuales se distingue más adelante por hazaña alguna. Cabe, pues, preguntarse hoy día por qué los nombró.

B.— Grado de conocimiento que tuvo sobre la Conquista

El cargo que Pedro Pizarro tuvo contra Cieza de León para acusarle de incompetencia ha sido decir que había compuesto su crónica "de oídas", o sea solo a base de lo que en su tiempo contaba la gente. Tal acusación no era ciento por ciento justa. Como hemos indicado anteriormente, en el Capítulo 51 nos dice que no dejó libro del Cabildo y archivo de Lima sin revisarlo. Sin embargo, esa inspección debió

ser bastante a la ligera y sin estar en antecedentes. De una transcripción apurada probablemente provino, por ejemplo, la fusión de nombres en los soldados españoles que participaron del tesoro de Atahualpa, con lo cual el total le salió más corto (hizo un solo nombre de Pedro Barrera Baena cuando en el catastro de Sancho son dos: Pedro Barrera y Francisco Baena). Tampoco estaba en antecedentes para entender lo que pudo haber leído en esos documentos. Así, por ejemplo, en el Acta del 23 de Octubre de 1536 corresponde al Primer Libro de Cabildos de Lima tal vez leyó la nota del secretario Juan de Panes, que decía "su Majestad escribió una carta a este Cabildo, por la cual les hacía saber que el rescate del cacique Atavaliba le pertenecía"; si acaso la leyó, en todo caso no la entendió ni dio importancia, por no saber de qué proveía esta afirmación de Carlos V. En todo caso, con respecto a documentación histórica de primera mano, Cieza apenas conoció una mínima parte. Hoy día conocemos el relato hecho a un año de distancia de Hernando Pizarro, jefe moral de la expedición y conocedor de los más íntimos secretos militares; las crónicas de por lo menos seis testigos presenciales de los acontecimientos; la investigación judicial llevada a cabo por Fray Tomás de Berlanga, obedeciendo el mandato de Carlos V; la voluminosa correspondencia de esos años en torno al tema; los escritos notariales etc. etc. Nada de eso conoció Cieza de León y por lo mismo estuvo menos preparado que nosotros hoy día para reconstruir la realidad de los hechos. Ni siquiera el haber visitado a los 17 años los lugares históricos de los sucesos le sirvió de mucho. Pongamos por ejemplo la topografía de Cajamarca, teatro en donde se desarrolló el drama de Atahualpa. Cieza de León se limita a decir (Primera Parte, Cap. LXXVII): "Todos los edificios de los ingas y depósitos están, como los demás, deshechos y muy ruinados".

Es verdad que casi más que ningún otro español de su tiempo Cieza de León sospechó la grandeza monumental del Tahuantinsuyo en todos los órdenes, incluyendo el poderío militar. Por otra parte ya antes de su tiempo la conquista española de esos territorios era un hecho histórico consumado, llevado a cabo por apenas 160 soldados españoles. ¿Cómo Cieza explicó este fenómeno? Aparte de una intervención especialísima de Dios, aquel acontecimiento atribuyó por un lado a la incapacidad total de Atahualpa en defender su territorio y, por otro,

al valor sobrehumano de aquellos primeros conquistadores y sus caballos. Desde luego, esta forma suya de mirar los acontecimientos no la expuso como tesis sino que se desprende de su relato.

El construir una historia casi exclusivamente a base "de oídas", sin haber sido testigo directo de nada, equivale a relatar la fama que había quedado entre los españoles y uno que otro indígena del Perú sobre acontecimientos desarrollados 17 años antes. Igual cosa hizo Girolamo Benzoni en esos mismos años en su "Historia del Mondo Nuovo", aunque el hecho de haber sido expulsado por italiano de estas colonias españolas le indujo a exageraciones personalistas. En todo caso su historia resulta hoy día superficial y fantástica.

Cieza de León pudo ser un testigo indirecto, pues conoció a varios testigos directos y actores de los hechos. Uno de ellos fue su jefe, el capitán Sebastián de Benalcázar; otro fue el notario Jerónimo de Aliaga. Pero probablemente nunca pudo tratar con ellos de estos temas, pues jamás cuenta nada oído de ellos.

Con estos antecedentes revisemos brevemente lo escrito por Cieza de León en torno a Atahualpa.

1) Historia anterior de Atahualpa

Cieza de León recorrió el territorio del antiguo Tahuantinsuyo al paso de la tropa de Benalcázar, a la cual se pertenecía, deteniéndose en las diversas poblaciones del camino solo para descansar. Por esta razón sus observaciones son en general breves y los errores respecto a distancias recorridas por primera vez muy frecuentes. Solo en el Cuzco tuvo oportunidad de quedarse y hacer sus consultas para escoger las opiniones que le parecían más autorizadas.

A base de estas experiencias en la Primera Parte de su Crónica escribió (Cap. XXXVII): "Más adelante están los aposentos de Caranque, a donde algunos quisieron decir que nació Atabaliba, hijo de Guaynacapa, aunque su madre era natural deste pueblo. Y cierto que no es así, porque yo lo procuré con gran diligencia y nació en el Cuzco Atabaliba y lo demás es burla". El hecho era que para esos años, por motivos en pro o en contra, Atahualpa seguía siendo el personaje más famoso del Tahuantinsuyo. No dudamos de la diligencia

que Cieza hubiese puesto en averiguarlo. Pero el hecho era que sus averiguaciones fueron hechas en el Cuzco, en donde había peligro de parcialidad. Lo contrario había afirmado Jerez, secretario de Pizarro, al escribir: "(Atabalipa) fue natural de una provincia más atrás de Quito". Justamente su nacimiento en el Norte del Tahuantinsuyo y su ascendencia mestiza fueron la razón de ser de su campaña contra el Cuzco.

Lo que en todo caso sí acepta Cieza de León, como acabamos de ver, es que fue hijo mestizo de Huaina Cápac y una mujer indígena de Caranqui. Pero para un español del Siglo XVI la pureza de la sangre era un factor decisivo si de nobleza se trataba. Así, pues, de acuerdo a su criterio este era el primer factor adverso a Atahualpa. Luego, desde la primera presentación que hace de Huáscar y Atahualpa (Segunda Parte, Cap. LXIX) pinta al primero con características amables y rectas, en tanto que al segundo lo afea con graves defectos temperamentales. "Huáscar (dice) era querido en el Cuzco y en todo el Reino... por sus herederos de derecho... era clemente y piadoso; Atabalipa, cruel y vengativo". Sin embargo, el propio Cieza nos cuenta que Huaina Cápac en vida le mostró (a Atahualpa) tanto amor, que no le dejaba comer otra cosa que él no le daba de su plato". Si tanta ternura sentía el viejo Monarca por el hijo mestizo, es claro que no obraba así por hallarlo "cruel y vengativo". Así mismo, si Cieza admite al menos como posible que el propio Huaina Cápac ordenó que "Atabalipa gobernase lo de Quito", es evidente que él admitía que toda legitimidad provenía de la voluntad del Inca testatario.

Respecto a ese testamento de Huaina Cápac fue una falla involuntaria pero grave de Cieza de León la de haberse fiado de lo que a él le dijeron sus contemporáneos. Siete años antes en esa misma ciudad del Cuzco los quipucamayos de Vaca de Castro ("cuatro viejos" historiadores de profesión traídos de los montes) habíamos dicho que Huaina Cápac "dejó el Reino dividido en dos partes y en dos hijos, que fueron: Atavacalla a quien dejó lo de Quito y a Guáscar Inga todo lo demás" (Discurso de Fray Antonio sobre la descendencia y gobierno de los Incas). Así mismo Cieza de León creyó hallar la causa de la guerra civil en la resolución de Huáscar "de tener consigo el ejército de su padre", mientras Atahualpa lo que quería era "salir con la borla

(en el Cuzco) para por todos ser recibido por Rey". Sin embargo, gracias a los quipucamayos anteriores a Cieza de León y más tarde por los testimonios de Cabello Balboa y Garcilaso, hoy día sabemos que la estirpe de los incas, muy inferior en número a las razas indígenas y mestizas del Tahuantinsuyo, había impuesto en el Imperio un régimen estrictamente racista, segregando para los "linajes" incaicos de sangre pura los cargos prominentes en el ejército, en el clero y en la administración pública. Contra estos privilegios de sangre se levantó el mestizo Atahualpa y por ser ese su slogan consiguió un apoyo mayoritario en el norte, en el centro y en el sur del Tahuantinsuyo, acabando por adueñarse del Cuzco, cuna misma de esa estirpe supuestamente divina. Por este motivo nos dicen los quipucamayos que Atahualpa se propuso exterminar la estirpe inca, como única alternativa para la nivelación universal de derechos y privilegios. De ahí provino el castigo a las familias incas de sangre pura arraigadas en Tomebamba primero y más tarde en la misma Capital sagrada del Imperio. Nada de eso sospechó siquiera Cieza de León. Por eso solo experimentó escándalo y condenó inexorablemente tales ejecuciones. En el Capítulo XCII de la Primera Parte nos habla de la magnificencia que en el Cuzco tenían las zonas residenciales de Hanancuzco y Orencuzco, "donde vivían los más nobles della y a donde había linajes", sin caer en cuenta cómo en un país colectivista sin producción individual y comercio los privilegios de sangre eran los únicos que contaban para sojuzgar a los demás.

También conviene notar cómo en su tiempo Cieza de León ya no pudo ver ejército alguno del Tahuantinsuyo ni se preocupó por conocer cual había sido su organización militar, el tipo de armas ofensivas y defensivas empleado, así como la determinación de morir o vencer en las batallas. Esa es la razón por la cual, el desate de nervios de los españoles en la plaza de Cajamarca contra el ejército de artistas de la Corte que festejaban su llegada, con el susto consiguiente al ser atacados por la caballería extranjera, fue tomado por los cronistas como una verdadera batalla. Los soldados a órdenes del capitán Sebastián de Benalcázar tuvieron una idea más exacta de lo que era un ejército en el Imperio de los Incas, cuando se enfrentaron con las tropas de Rumiñahui en Tiocajas y Colta. Pero, de acuerdo a la pintura que nos

hace Cieza de León en la plaza de Cajamarca, el supuesto ejército bien más parece un rebaño de ovejas ante cuarenta jinetes.

2) Los españoles de Pizarro en camino hacia Cajamarca

Con el fin de ceñirnos al tema de Atahualpa, no nos vamos a referir aquí a los 29 primeros capítulos de la Tercera Parte, en los cuales Cieza de León nos cuenta el primero y segundo viaje de Pizarro por los mares del Sur. Sin desconocer el mérito de nuestro joven soldado al haber logrado reconstruir al menos en general, "de oídas", el avance de Pizarro y su tropa desde Panamá hasta Cajamarca, tampoco nos vamos a detener en examinar lo que nos cuenta en el tercer viaje sobre ese recorrido hasta Tumbes, excepción hecha de un solo pasaje, en donde se nombra específicamente a Atahualpa.

Al contarnos las aventuras que esos españoles pasaron con los indígenas de Bahía de Caráquez, Cieza nos dice: "Mas como los (indígenas) principales andaban en las guerras que se trataban entre Atabalipa y Guáscar, no se formó ejército con potencia para procurar la muerte de los cristianos". Dos décadas más tarde Sarmiento de Gamboa en su "Historia General llamada Indica" (Cap. 63) había de informarnos sobre la incorporación, que Atahualpa llevó a cabo entre los huancavilcas a raíz de la batalla de Cusibamba. Tal vez estos dos relatos se refieren a un mismo acontecimiento histórico, o sea, la unificación del territorio actualmente ecuatoriano conseguida por vez primera gracias al don de gentes y la fuerza de Atahualpa ante la emergencia de las amenazas del Cuzco. En todo caso este dato de Cieza es nuevo y valioso.

3) Los españoles en Tumbes

Pasando por alto la confusión de ideas, que nuestro joven soldado muestra con respecto a las hostilidades en la isla de Puná (lugar que seguramente él jamás lo vio ni a la distancia), como desde Tumbes empezaba el territorio ocupado en esos días por las fuerzas militares de Atahualpa, vamos a hacer al menos unas pocas observaciones sobre el Capítulo 37 de esa Tercera Parte.

Para Hernando Pizarro, testigo presencial por excelencia y cabeza moral de la expedición, los incidentes acaecidos en Tumbes fueron tan accidentales, que ni siquiera se refirió a ellos en su carta a los Oidores de Santo Domingo, la crónica más cercana a los hechos que hoy día se conoce. Miguel de Estete tampoco nos habla de ninguna muerte perpetrada por los españoles contra los tumbesinos sino de la paz que con ellos concertaron de inmediato. Según Juan Ruiz, otro soldado de caballería de Pizarro, lo que refiere en concreto es la muerte de tres soldados españoles al llegar a Tumbes ("los sacrificaron a sus dioses"). Aunque también este conquistador participa del aire preponderante y trinfatista que Cieza da a la pequeña tropa de Pizarro, se contenta con la afirmación general de "alanceáronse muchos", aunque según él "otro día adelante" los españoles concertaron la paz con las autoridades de la ciudad. Aparte de una pintura muy realista de Tumbes y de la fundación de "un pueblo", Ruiz afirma que solo entonces se enteraron de la guerra entre Huáscar y Atahualpa. A cerca del segundo supieron "que tenía su real en Cajamarca y allí nos estaba esperando". La crónica tardía de Diego de Trujillo, soldado de infantería de Pizarro, indica que en Tumbes hallaron "los indios alzados" pero después de un avance incruento de los españoles concertaron la paz. Anota también la fundación de "un pueblo" y varias expediciones de exploración. Finalmente nos hace saber también él que solo entonces tuvieron noticias de Atahualpa.

En vivo contraste con los relatos de estos testigos presenciales, lo que Cieza pudo recoger de los labios de los veteranos de Pizarro (verdaderos o falsos) fue una larga serie de actuaciones autosuficientes, como si aquellos aventureros desde el principio se hubiesen sentido dueños absolutos de la tierra. Aunque según su versión, al desembarcar, los tumbesinos con torturas sacrificaron a "dos españoles", con esta ocasión Pizarro se habría propuesto escarmentar a los indígenas del lugar. Pero "sólo mató algunos y cautivó más", hasta que los naturales se rindieron y pidieron la paz. Sin embargo, Cieza aquí multiplicó las hazañas de los españoles, aunque quizás las mismas únicamente fueron fruto de la imaginación popular. Así mismo es plenamente imaginario poner ahí a "dos frailes de San Francisco", los cuales, por no ver "tan presto las tierras de Chile, pidieron licencia para

volver a Nicaragua". Lo que en la historia de Cieza es nuevo, constructivo y real es que en las playas de Tumbes "los españoles muchos murmuraban de la tierra, por la poca confianza que tenían de lo de adelante (el Imperio de los incas en las montañas). Decimos que tal desaliento, contrario a los humos triunfalistas con que hasta aquí los había presentado Cieza de León, fue probablemente real, porque precisamente a ese desaliento se refería desde Panamá el Vicario Luque, el escribir a Carlos V en 20 de Octubre de 1532 denunciando a Hernando Pizarro y su autoritarismo como origen de la discordia entre la tropa. Probablemente también aquí como en la península de Santa Elena el hermano del jefe y cabeza moral de la expedición se oponía al regreso de todos a Panamá, diciendo "que no, aunque muriesen todos". Pedro Pizarro, falso testigo presencial de estos acontecimientos, viene también a ser un apoyo indirecto de lo afirmado por Cieza. También tiene originalidad su afirmación de que la fundación del pueblo de San Miguel fue para dejar ahí a los enfermos y a aquellos que por miedo se negaban a seguir adelante. Lo que en cambio Cieza deja de mencionar es la invitación que Atahualpa les hiciera para visitarlo en Cajamarca, puesta por Hernando Pizarro como un punto clave de su historia. Al cabo de 17 años los que al fin habían quedado vencedores probablemente ya se habían olvidado de este acontecimiento.

4) Los españoles camino a Cajamarca

La noticia de que en la Manura ribereña en torno a Talara no había ni hierva para los caballos había llegado en esos días hasta Panamá; pero nuestro joven cronista les hace salir de San Miguel y caminar "por aquellos frescos valles, donde... hallaron grandes edificios, muchos depósitos con proveimientos de todas las cosas", (Cap. 41). Mientras los cuatro testigos presenciales y actores de los hechos nos dan cuenta de las enormes dificultades topográficas del camino (según Hernando Pizarro era ahí "en donde Atabalipa, de haberlo querido", los hubiera aniquilado) y en tanto que cada uno de ellos da cuenta de las embajadas de Atahualpa con cargos de alimentos para sus huéspedes, Cieza se limita a decir que, a pesar de que los españoles sabían que Atahualpa era "potentísimo Señor" y los esperaba en Cajamarca, a ellos esta noticia "no les pesaba".

Llevando adelante este aire de autosuficiencia, al comienzo del Capítulo 42 Cieza escribe: "Atabalipa... cuando supo que estaban aun no dos jornadas de Cajamarca, temió su atrevimiento", lo cual contradice a lo referido por Hernando Pizarro, quien nos había asegurado que el propio Atahualpa los había invitado. En cambio hay detalles, como el envío de los patos medio desplumados, que aparecen confirmados por la crítica de Diego de Trujillo.

5) Primer día en Cajamarca

Es curioso notar cómo, aunque por ese mismo tiempo Juan Ruiz componía su relato en España y Cieza en el Perú, ambos coinciden en comparar el campamento de Atahualpa cerca del pueblo de Cajamarca a toda una ciudad (Juan Ruiz: "Parecía una muy hermosa ciudad"; Cieza de León: "que parecía una ciudad"). Pero mientras Miguel de Estete nos cuenta el pánico que en los españoles causó esa vista ("cierto nos puso harto espanto") y Juan Ruiz nos describe a su vez las visiones y pesadillas de terror que vieron y sintieron los españoles esa noche en la obscuridad de los galpones, Cieza traslada ese miedo a Atahualpa. Después de confundir esos tres galpones en torno a la plaza con la residencia imperial, afirma que Atahualpa la abandonó y se fue a pasar la noche junto a su ejército. Estas son sus palabras: "Cuando supo que (los españoles) estaban cerca de él, les dejó los aposentos reales de Cajamarca, pasándose él a otros que estaban cerca donde se veían las tiendas". Tal tergiversación está en contra de lo que nos refieren los cuatro testigos presenciales. Otro error es decir, como lo hace aquí Cieza de León, que los españoles llegaron a Cajamarca "mediando el mes de Septiembre de 1532". Finalmente reseña en la forma acostumbrada las visitas que Soto y Hernando Pizarro hicieron a la residencia de Atahualpa, aunque da mayor relieve a la actuación de Soto.

6) Los incidentes en la Plaza de Cajamarca

Los Capítulos 42 y 44 seguramente responden a lo que Cieza de León escuchó de los veteranos españoles (testigos verdaderos o falsos),

aunque por su contenido y contradicciones dan la impresión de que no hubieran salido de la misma pluma que escribió la Primera Parte de la Crónica del Perú.

En primer lugar con respecto al teatro de los hechos Cieza de León nos ha dicho que él personalmente no lo encontró, porque para ese tiempo todo estaba "ruinado". Sin embargo, algo de verdad oyó entre aquellos veteranos de Pizarro y, aunque en forma enigmática y borrosa lo expresa así (Cap. 43): "Los aposentos reales (en el centro del pueblo de Cajamarca) cercaban una muralla y había entrángulo plaza grande". Gracias a las dimensiones dadas por el soldado de caballería de Pizarro, Juan Ruiz, y respaldadas por Hernando Pizarro y Diego de Trujillo, hoy día ha sido posible reconstruir esa plaza a escala. En efecto, se trataba de un gran triángulo equilátero con una superficie total de 12.450 metros cuadrados, cerrada a sus tres lados por tres dilatados galpones sin ventanas (Juan Ruiz), a cuyas esquinas venían a desembocar diez calles (Diego de Trujillo). Según el testimonio de los cuatro testigos presenciales, Atahualpa había ordenado que sus huéspedes se alojasen en esos tres galpones y así lo confirmó a Hernando Pizarro, cuando éste irrumpió en la residencia imperial el día de la llegada. Sin embargo, hemos indicado cómo según Cieza de León Atahualpa huyó de estos galpones que habrían sido su residencia y ocupó otra junto al ejército.

En segundo lugar según Cieza de León desde la entrevista en su residencia Atahualpa había anunciado a Soto que "había de ir con su gente en escuadrones y armados". Ante este anuncio formal ya no hacía falta que "se armasen secretamente" ni se pusiesen "unas corasinas de hoja de palma, visténdose por encima camiseta de lana", como Cieza afirma en el Capítulo 43 que los indígenas lo hicieron "con engaño".

Para vencer a los extranjeros Atahualpa contaba con un ejército poderoso. Al comienzo del Capítulo 43 Cieza nos dice que eran "más de ciento y setenta mil hombres de guerra". Hacia la mitad de ese mismo Capítulo escribe que "por todo decían que sería setenta mil hombres de guerra con más de treinta mil de servicio sin las mujeres". Finalmente afirma que los combatientes indígenas fueron más de cien mil. Quedemos con esta última cifra.

De acuerdo a Cieza de León el plan, que tanto Atahualpa como sus consejeros tuvieron para exterminar a esos españoles fue el de cercarlos para no dejarlos escapar. Por otro lado Cieza de León, aunque en forma incompleta, en la Segunda y Tercera Parte ha pintado a Atahualpa no solo educado en los campamentos militares de su padre, Huaina Cápac, sino como general en jefe de una campaña de tres años de duración y tres mil kilómetros de recorrido triunfal. Si en esta ocasión se había propuesto exterminar a esos aventureros y sabía, como lo repite el autor, que se hallaban escondidos en los tres galpones, contando con cien mil hombres, lo elemental era rodear esos edificios y atacar ahí a los extranjeros. Pero, en vez de ir por atrás y por los lados, Cieza dice que Atahualpa ordenó a esos cien mil soldados entrar en la plaza. Teniendo esta, como hemos dicho, 12.450 metros cuadrados, de promedio debían entrar ocho hombres por metro cuadrado. Si tenemos presente que muchos millares de esos soldados indígenas iban con las "corasinas" de palma y que había que descontar los espacios ocupados por las calles laterales, la cerca, los árboles etc., tal densidad humana parece físicamente imposible y los mismos caballos no habrían podido maniobrar en su interior.

En todo caso la batalla se da según Cieza; enumera varias hazañas de los españoles; afirma que hubo dos mil indígenas muertos; pero concluye la larga pintura de la lucha diciendo: "De los españoles no peleó ninguno; todos ellos tuvieron por milagro lo que Dios usó en haber permitido que se ordenase como se ordenó; y así le dieron muchas gracias por ello". Para terminar la descripción de un combate tan increíble y prodigioso, Cieza de León afirma enfáticamente: "Y así se recogieron aquella noche pasados de cien mil indios sin armas". ¿Qué cara habría puesto nuestro buen cronista, si hubiera podido leer la carta de Hernando Pizarro a los Oidores de Santo Domingo y ver en ella que este testigo presencial de primer orden afirmaba lacónicamente: "(Al) otro día, demañana, . . . el real (de Atahualpa estaba) tan lleno de gente, como si nunca hubiera faltado ninguna"?

7) El oro de Atahualpa

Omitimos por brevedad varios otros detalles verdaderamente fantásticos de esa supuesta batalla y la captura de Atahualpa. Nos vamos a ceñir al tema del oro que consiguieron los españoles. A este respecto Cieza escribe (Cap. 47): "Estando Atabalipa preso, no halló otro medio mejor para verse libre que prometer de los grandes tesoros que él tenía y en la guerra del Cuzco sus capitales habían tomado, dijo a Pizarro que daría por su rescate diez mil tejuelos de oro e tanta plata en vasijas, que se bastase a henchir una casa larga que ahí estaba". Tampoco aquí queremos entrar en muchos detalles sobre el tema. Nos limitamos a preguntar ¿qué hubiera dicho nuestro joven soldado, si hubiera leído en la carta del Cabildo de Jauja del 20 de Julio ed 1534, al cerciorarse que Pizarro y los veteranos de Cajamarca declaraban enfáticamente al Rey de España que, a raíz de los incidentes de la plaza, habían dejado libre a Atahualpa ("por el Gobernador había seydo dado por libre") y, en consecuencia, el supuesto cautiverio nunca existió? ¿Cómo no habría cambiado de opinión, al leer la forma en que el 23 de Noviembre de 1533 Hernando Pizarro contaba que Atahualpa ofreció el oro a los españoles. Sin mentar para nada la palabra cautiverio ni sus sinónimos, decía "E visto que los cristianos recogían algún oro, dijo Atabalipa al Gobernador que no se curase de aquel oro, que era poco; que él le daría diez mil tejuelos e le henchiría de piezas de oro aquel bohío en que estaba?". Y sobre todo, ¿cómo habría reaccionado la sinceridad de Cieza de León, al conocer el proceso judicial con confesiones juradas de Francisco Pizarro y de todos cuantos veteranos de Cajamarca Fray Tomás de Berlanga pudo encontrar, cuando por orden de Carlos V vino al Perú para establecer la forma en que se consiguió ese oro y concluir que "todo el oro y la plata... pertenecían a su Majestad... porque no se hubieron aquellos tesoros en conquista" (Cartas del Perú, pág. 194)?

8) Llegada de Diego de Almagro y muerte de Atahualpa

Cieza de León trata estos temas desde el Capítulo 49 hasta el 51. No queremos alargarnos en el análisis detallado de que en ellos Cieza

nos cuenta, pues ahí vamos a encontrar la misma amalgama de cosas ciertas y anécdotas de que consta la fama que va de boca en boca entre la gente. Por otro lado, muerto Almagro y estando vivas las luchas fratricidas entre Pizarristas y Almagristas, al uno y al otro los presenta como personajes intachables. Lo único que condena es el hecho de haber recibido el rescate de Atahualpa y no haber cumplido con la palabra de libertad.

Tales son a nuestro criterio los grandes méritos y las limitaciones de Pedro Cieza de León. Como las fallas que tuvo con respecto a Atahualpa provenían de la falta de conocimiento de una documentación adecuada y ésta en su tiempo y circunstancias fue totalmente inaccesible para él, no podemos inculparle de falta moral alguna. En cambio, como hemos dicho al principio, queda en pie la figura de Pedro Cieza de León, el cual sacrificó su propia vida para dar a la posteridad el recuerdo del colosal Imperio de los incas de acuerdo a la Primera Parte de su obra. No dudamos que, si él hubiese conocido la documentación de que hoy día disponemos, habría coincidido con nosotros, viendo en Atahualpa al gran genio de la guerra y de la paz, abierto a toda clase de ideas en filosofía y progreso, cuya única equivocación fue la de juzgar a los europeos tan señores como él lo fue.

Luis Andrade Reimers

CARTILLAS DE DIVULGACION

SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

- 1 **Aquiles Pérez:** Las Culturas Aborígenes en la República del Ecuador
- 2 **Francisco Terán:** Nuestras lagunas andinas; Historia y Geografía
- 3 **Emilio Uzcátegui:** Desarrollo de la educación en el Ecuador
- 4 **Gustavo Vásquez H.:** Cartas de Bolívar al General Juan José Flores
Historia y Antihistoria
- 5 **Luis Andrade Reimers:** Materiales históricos para el Pacto Andino
- 6 **César Vicente Velásquez:** El reverso de la guerra entre Quito y el Cuzco
- 7 **Eduardo Martínez:** Intervención del Gobierno de Alfaro en la guerra de los Mil Días
- 8 **Plutarco Naranjo:** Semblanza de Montalvo
- 9 **Marco A. Bustamante:** Ecuador país tropoandino
- 10 **César Vicente Velásquez:** El enigma histórico de Cajamarca
- 11 **Emilio Uzcátegui:** Reflexiones sobre nuestras grandes efemérides
- 12 **Aquiles Pérez:** Rumiñahui
- 13 **Luis Andrade Reimers:** La cada vez más increíble historia de Atahualpa
- 14 **Marco A. Bustamante:** La línea equinoccial en el territorio de la República del Ecuador
- 15 **Francisco Sampedro V.:** Las Cuevas de los Tayos
- 16 **Luis Andrade Reimers:** Las esmeraldas de Esmeraldas en el siglo XVI
- 17 **Eduardo N. Martínez:** Entrevistas presidenciales Ecuador-Colombia
- 18 **Aquiles R. Pérez:** La minúscula nación de Nasacota Puento, resiste la invasión de la gigantesca de Huayna Cápac
- 19 **Francisco Sampedro V.:** El problema geográfico geomorfológico del Cenepa
- 20 **Ricardo Alvarez:** Bolívar y Manuelita Sáenz; aspectos biográficos, episodios románticos y anécdotas
- 21 **Emilio Uzcátegui:** Es gloria de Quito el descubrimiento del Amazonas
- 22 **César Vicente Velásquez:** Proyección Continental de la Revolución de Agosto
- 23 **Aquiles R. Pérez T.:** Los Duchisela
- 24 **Ing. Vicente Enrique Avila:** Los sensores remotos para la cartografía
- 25 **Luis Andrade Reimers:** Lo que Sucre hizo por el Ecuador
- 26 **27—Franklin Barriga López:** Temas de Historia
- 27 **Myr. Ing., Francisco Sampedro V.:** Los Sensores Remotos en el Ecuador
- 28 **Emilio Uzcátegui:** Eloy Alfaro, El Revolucionario Constructor
- 29 **Francisco Sampedro V.:** La Cordillera del Cóndor
- 30 **Emilio Uzcátegui:** La Primera y la Última de Nuestras Constituciones
- 31 **César Vicente Velásquez:** Se llamaba José Joaquín de Olmedo
- 32 **Prof. Aquiles R. Pérez T.:** Síntesis Histórica del Servicio Meteorológico de la República del Ecuador
- 33 **Francisco Terán:** Visión Histórica Geográfica del Nudo de Mojanda.
- 34 **Vicente Enrique Avila:** Programa de los Sensores Remotos de Aplicación en las ciudades de Quito, Guayaquil y otras
- 35 **Eduardo N. Martínez (NALO):** La Batalla de Cuaspud.
- 36 **Francisco Terán:** Una Microgeografía del Ecuador
- 37 **César Vicente Velásquez:** El Proceso por la Revolución de Agosto.
- 38 **Emilio Uzcátegui:** Bolívar y la Educación.
- 39 **Luis Andrade Reimers:** Al cumplirse 450 años de la muerte de Atahualpa
- 40 **Aquiles R. Pérez T.:** La Riqueza del Lugar Natal
- 41 **Luis Andrade Reimers:** Simón Rodríguez y sus Dos Siembras
- 42 **Prof. Aquiles R. Pérez T.:** Significado de lugares Geográficos y de poblaciones importantes para luchas nacionales y extranjeros.
- 43 **Emilio Uzcátegui:** Ocho batallas en la lucha por la liberación del Ecuador.
- 44 **Prof. Aquiles R. Pérez T.:** Los Chayambis (Mitimaes)